

Las costas que bañan el Atlántico y que riegan ríos mas ó menos caudalosos como el Colorado, el Negro, el Chubut y el Santa Cruz condensarán en el porvenir una gran parte de la inmigración que nos envía la Europa, especialmente la región septentrional á cuyo clima son mas semejantes aquellas costas.

FIN DE LA BOLILLA VIII

LITERATURA GRIEGA

LECCION OCTAVA

LA ESCRITURA

(Continuación)

De esta falsa interpretación del rapsodismo surgió la afirmación de Josefo y la hipótesis de Wolf. Josefo era hebreo y no estaba en condición de darse cuenta de una usanza tan especial de los griegos; y además: aquella usanza hacían siglos que había desaparecido. Respecto á Wolf, es una prueba más de la dificultad que uno encuentra, por más que sea cauto y avisado, en salir de sus tiempos. Los rapsodas, al mudarse las costumbres, se hicieron un enigma también para los griegos, y de ahí no poca variedad de opiniones.

Nace el error de no reparar en que la poesía en Grecia, hasta Alejandro era acompañada por la música; y que la música en Homero era lo principal. Es evidente que si bastaba la

escritura para dar á conocer los versos de Homero, no bastaba para hacer oír su música: de allí la necesidad de cantores, esto es de Homeridas y rapsodas. Su oficio era el de cantar á Homero y no de recitarlo. Podemos compararlos con las compañías líricas de hoy en día. Aun hoy nadie cree que la lectura del *libretto* es suficiente para dar idea de una ópera, sin oír la música; y lo mismo sucedía entonces. A nosotros nos parece absurdo que se pueda en Homero pedir más y que su música no fuese apreciada menos que sus versos: lo absurdo de hoy era la corriente de entonces.

No es probable que Homero señalara su música, todavía el arte de escribirla no se conocía, y hubo que enseñarla, y hete acá los Homeridas: una corporación que conservaba por transmisión no interrumpida la música de Homero. Esto explica por que no Homero solo, sino todo poeta tenía sus rapsodas. No se trataba de recitar sino de una especie de representación como diríamos hoy, de un concierto.

En aquellos tiempos sencillos bastaba: mas tarde el drama ó mejor dicho la *opera*, que tal era el drama griego, desvaneció el atractivo de los espectáculos rudimentarios del canto de Homero y de los demás poetas: y entonces se empezó á juzgarlos y á gustarlos solo por sus versos.

Se me pedirá la prueba de lo que digo. Allí están todas las citas: en todas, sin excepción, no se habla más que de canto. Rapsodas, dice el escoliasta de Platon, son los que cantan á Homero, y del mismo modo los definen los demás.

No hay oposición entre el rapsodismo y la escritura: el uno llama al otro, la letra llama el canto. De allí si se encuentran rapsodas en gran número aún en tiempo de Platon y nadie dirá que en tal tiempo no fuese la escritura de uso corriente.

Para cantar ó ejecutar largos poemas se necesitaban muchos rapsodas:

y los encontramos, pues, siempre reunidos en compañías.

Yo no sé qué tal fuera la música de Homero: cierto es que cada rapsodia tenía su modulación especial; ni se crea que el mismo motivo sirviese á todos los versos de una misma rapsodia: se oponen á ello la estructura del verso, las cesuras, que en cada verso cambian de fuerza y de asiento, y la mezcla siempre varia de dáctilos y espondeos. La que llamamos metrica no es mas que el compás de la música señalado en las palabras.

Habia sin duda rapsodias mas del agrado del pueblo, cuyo canto este pedia preferentemente y de ahí la ley de Solón que obligaba á los rapsodas á cantar en las Panatenaicas los dos poemas seguidos, teniendo que empezar el uno donde el otro terminaba.

Estaban pues escritos los poemas de Homero: y á él, sin duda, se debía la primera copia, y muy pronto las copias se multiplicaron. Aristarco señala los versos de Homero imitados ya por uno ya por otro poeta: y no falta ninguno, desde Arquíloco, cuyo nacimiento remonta á lo menos á 712 á c. hasta Pindaro, ¿como es admisible la posibilidad de tan numerosas imitaciones, por quienes no tuviesen familiaridad en el texto? ¿Y cómo se concilia esto con lo de que Pisistrato haya sido el primero que hizo poner á Homero por escrito? Con no admitir la leyenda de Pisistrato. Como este punto es de importancia capital tendremos que tratarlo aparte. Mientras tanto haré notar que, por testimonio de Plutarco, Licurgo tres siglos antes de Pisistrato, trajo á Esparta escritos los poemas de Homero.

Wolf, para demostrar que los Griegos no podian escribir, sostiene que les faltaba el papel.

Admite que conocian la escritura, pero que no la empleaban sino en inscripciones en mármol ó en bronce, de las que no se han encontrado ninguna anterior á fines del siglo VII. ¿Quien

no echa de ver en estas palabras los argumentos de Josefo?

Es singular el concepto que se hace Wolf de la escritura.

¿No parece un objeto que uno pone allí para usar de él cuando guste? ¿En qué se puede conservar el conocimiento de la escritura, sino en el uso de escribir?

Mientras tanto Herodoto nos hace saber que en Grecia abundaba el papiro; según Wolf, los Griegos no pudieron tenerlo hasta que Psamético en 666 les abriera el Egipto. Sin embargo Herodoto afirma que lo tenían. Pero para que los Griegos tuviesen papiro no necesitaban ir ellos al Egipto, bastando que el papiro saliese de aquel país, lo cual precisamente sucedia.

Admito que solo en 620 fué permitido á los Griegos establecerse en Egipto; pero el comercio con Egipto remonta á época prehistorica. En la Odisea, Menelao describe su llegada á Egipto: es sabida la tradición, según la cual Paris abandona á Helena en el Egipto, de que trata difusamente Herodoto en el libro segundo de sus historias. Una tradición antigua hace llegar también á Homero al Egipto y no faltó quien le hiciera natural de allí.

Quisiera yo preguntar á Wolf ¿sobre qué escribían los Fenicios? Pues sobre lo mismo escribían los Griegos, que de ellos aprendieron.

Ya se ha visto en el pasaje de Herodoto, que tengo citado como los Jonios se servían para escribir de pieles de animales: y no basta. Consta que eran muy usadas para tal efecto hojas de palmeras; y cierto que la preparación de tales hojas en Fenicia, en donde las palmeras abundaban, constituía un ramo importante de comercio. Ysidoro, al hablar de Darete Frigio, recordado por Homero en el V Libro de la Iliada dice: *Primus historicus apud Gentiles, qui in foliis palmarum de Graecis et Troianis historiam scrip-*

sit.» (Lib. I Orig. Cap. 41.) *Eliano* (lib. IX cap. 2 Var. Hist) afirma que en su tiempo existia aún la Iliada aquella de Daretos Frigio: y ademas la citan Eustacio y Tolomeo.

Se ha visto que en hojas de palmera dió Mercurio las letras á los hombres Estaban en gran uso también tablillas de tilo y otras maderas que no debian de costar caras y que cada cual estaba en grado de preparar.

Para impedir á Homero escribir habria precisado cortar todas las plantas de su comarcas, y aún le quedaban pieles de ovejas y en caso desesperado, el ejemplo de Apolo y de Hércules le autorizaba á descuartizar á alguien y á servirse de su piel.

¡Que manera singular de razonar! No podemos saber con precisión sobre que Homero habrá escrito; luego no pudo escribir. Precisamente acerca de las cosas más comunes faltan noticias porqué á nadie se le ocurre darlas.

Sin embargo este punto poco á poco se va aclarando.

Mientras tanto tan seguros estaban los griegos de la antigüedad de la escritura en su tierra que no dudaban de tener á lo menos cien poemas y hasta diarios, escritos antes de Homero. Dejo las obras del centauro «Quirón y las del Centauro Absoloto, Corino Iliense, dice Suidas cuando Troya existía, escribió una Iliada, y la guerra de Dárdano con los Paflagonios, que Homero aprovechó en sus poemas». Homero no habría vacilado apropiarse de un gran numero de versos de Dafne, ó Manto, poetisa de Tebas. Hubo un Dictis bajo cuyo nombre anda hoy una historia en latin en seis libros: este era compañero de Idomeneo de Creta en Troya, y sobre tablillas de tilo escribió en prosa su diario, dice Suidas, en que se narraba dia por dia todo lo que sucedió en la guerra; y Malalos en su cronografía declara atenerse á los relatos de Dictis que le parecen más fidedignos aún que los de Homero, por ser testigo ocular.

No me detengo en relatar la leyenda de esta obra y su descubrimiento en tiempos de Nerón. No hablaré de las obras de Lino, Orfeo, Pamfo, Eumolpo, Museo, Tamiris, poetas todos anteriores á Homero y todos muy prolíficos; de cuyos poemas los unos han sido leidos por Pausanias, otros por Herodoto, otros por Platón. Un pozo de sabiduria era aquel Malampo, citado por Virgilio; y Suidas se detiene con complacencia en numerar los versos de los varios poemas de Palefato. El mismo Suidas nos informa tambien que Palomedes dejó unos poemas admirables, que fueron por envidia destruidos ó por Argamenón ó por Homero. La segunda hipotesis le parece más aceptable. Escribió Paris, el que robó á Helena, un poema muy hermoso en alabanza de Venus, que la anteponia á Minerva y á Juno, y de ahí la ruina de su ciudad. Fantasia, venerable matrona egipcia, escribió la Iliada y la Odisea y la escondió en Menfis, su ciudad natal en el templo de Vulcano, pero Homero se fué allá y habiendo corrompido al sacerdote pudo leerlos y sacar copia. También del viejo Priamo se citaba una carta á Memnón hijo de la aurora y rey de los Etiopes.

Se ve pues como si se añade que se tenian obras hasta de Heleno y un compendio de Gramática de Cadmo, tenía razón el gramátice griego cuando afirmaba que el arte de escribir es tan antiguo como el genero humano. Y los griegos á lo menos asi lo creian.

LECCIÓN NOVENA

WOLF — Antes de emprender el exámen de los poemas cíclicos, debemos detenernos algo más con la tesis de Wolf, no por el gusto de polemizar á solas, dando el espectáculo del loco, en quien tanto puede más la fantasia que la realidad, que

creyendo tener delante de sí un enemigo, hace todos los ademanes de un luchador, y finalmente respira complacido cuando se cree haber derribado á su adversario; sino por ver si tiene algún valor, y si tal vez no nos equivocariamos en rechazarla. Ha entrado tanto de cosas impertinentes en este asunto, que declararse por la tradición parece casi signo de ignorancia.

Tanto alboroto no parece posible que se haya metido sin ninguna razón, dice el refran: que no hay humo sin fuego.

Una razón sin embargo la tenemos ya señalada; el no haber reparado en el sentido de la palabra rapsoda.

El argumento en su forma desnuda es este: «había rapsodas, esto es, hombres que repetían de memoria los poemas homéricos, y que pues, se sujetaban á un ingente trabajo; luego no debía de haber escritura; sino no se comprendería la existencia de aquellos».

Se ha visto que no era oficio de los rapsodas el de repetir, recitar y difundir la letra de los poemas, sino la parte musical, que no podía darse á conocer de otro modo; y que además no contaban sin apuntador; y que el solo Josefo no lo comprendió, por ser Judío, y no tener idea de tal costumbre.

Wolf se equivocó por la misma razón. Pero los griegos de otro modo lo entendían: y hasta los que aceptaban la recensión de Pisistrato, la hacían consistir no en recojer los poemas de labios de los rapsodas, sino en reunir todo lo que de Homero quedaba escrito.

Wolf no contentose, sin embargo, de hacer suyas las palabras de Josefo; quiso además demostrar que la escritura no existía entre los antiguos griegos, ó que á lo menos no era de uso general. Estas pruebas ya se han refutado: debemos empero volver sobre ellas; poniendo mas de relieve la cuestión.

Antes de todo nosotros no conformamos á la tradición la que segun el metodo histórico tiene valor de argumento absoluto á falta de otros; y si esto no se admite la historia se hace imposible. En Grecia, tal es el hecho, no llegó jamás á sospechase que el uso de la escritura no fuese antiguo y anterior á la guerra de Troya. No hay memoria de que jamas haya sido emitida opinión contraria. Lo cual quiere decir que ningún hecho en el ambiente griego chocaba con tal creencia; si no la duda ó las sospechas no habrían dejado de surgir.

De ahí las dificultades en que viene á hallarse quien no se adhiera á la tradición. Y Wolf da un ejemplo de esto. La tradición, es verdad, á él no le parecia tan conforme, tan universal, por el error señalado arriba, que leyendo rapsodas creía leer falta de escritura, si se hubiese dado cuenta de su equivocación no se levantaba contra lo tradicional, y habría sido un mal, pues no tendríamos á Homero tan conocido, ni su edad.

Pero teniendo que buscar argumentos no pudo encontrarlos. Sus argumentos no son más que conjeturas, que solo tendrían algun valor si la tesis se hubiese demostrado por otra parte. Solo dado que en efecto, faltase la escritura, entonces lo escogitado por Wolf para dar razón de los poemas y su conservación se podría aceptar. La hipótesis es legitima cuando trata de dar razón de hechos verificados.

Si no se supiese de que modo ha muerto César, lícito seria adelantar conjetura, pero no sabiéndolo. Lo verosímil de una conjetura no tiene fuerza de prueba.

Wolf hace valer como argumento lo más ó menos verosímil de sus suposiciones. Admite que los Griegos aprendieron, desde el principio, de los Fenicios el uso de escribir; pero afirma que para que tal uso se hiciese general se precisaban seis siglos. Pongamos que verdaderamente no se empezara á escribir mas que en tiempos

de Pisistrato; entonces la hipótesis de una particular dificultad, que la escritura encontraba para cundir en Grecia, sería plausible; pero tal dificultad se debería indicar. Mas, no se puede de una supuesta dificultad deducir en contra de la tradición. Si la luz del sol no llegara á nosotros, podría entonces suponerse un obstáculo: no es lógico, al contrario suponer antes un obstáculo y concluir que la luz no llega, si no es un hecho el que no llega.

Esta dificultad ¿en que consistiría? En no tener los Griegos ganas de aprender á escribir; pero esta acusación podría hacerseles sino hubiesen aprendido. Y siempre queda el hecho para demostrar.

Sin saber que la escritura existía, no podían los griegos desear aprenderla, pero los que la habían aprendido y conocían su utilidad no podían no tener deseos de difundir el invento, habiendo además un interés en hacerlo, de una compensación por parte de los alumnos.

Este interés mueve, á quien tiene un conocimiento á difundirlo, y vemos en efecto en el mundo griego más de un ejemplo. Aun no había acabado de inventarse la retórica en Sicilia que ya enseñábase en Atenas.. Del mismo modo fué llevada la Sofística á todo el mundo griego.

Es natural que apenas aprendido el uso de la escritura, se formaran maestros andantes que tenían interés en difundirlo. Wolf estima necesarios seis siglos, yo seis meses; y el sano juicio está de mi parte. Para creer de distinto modo se necesitaría demostrar que la escritura no tiene utilidad ninguna. Los inventos útiles cunden con la mayor velocidad allí está la imprenta, no bien inventada en Alemania, y ya divulgada en Italia. Materiales dificultades no las había. Esta pues, de la necesidad de seis siglos es suposición gratuita. Ni vale mas el hecho de que no se hallen inscripciones en Grecia anteriores al VI siglo: Herodoto vió algunas anteriores

Wolf dice que no se debe creer, que debían ser posteriores. Tendría razón si hubiera demostrado de antemano que la escritura no existía. Por lo demás grabar en mármol ó bronce no es escribir; yo no se si los chinos tienen la costumbre de las inscripciones en mármol ó en metales: si la tienen no debe de ser antigua y sin embargo es antigua entre ellos la escritura.

Ni se puede aceptar lo de la falta de papiro, por lo que el Egipto abrióse tarde á los griegos. Abrióse tarde hacia fines del siglo VII, en el sentido que solo entonces fué permitido á los Griegos establecerse allí; pero no en el que no se pudiese comerciar con Egipto. A Egipto acudíase para comprar trigo; la Biblia misma lo comprueba: con Egipto comerciaban los Fenicios y el interés que estos tenían de conservar el comercio egipcio puede acaso, haber influido en alejar á los Griegos; pero los productos de la industria egipcia los tomaban los griegos de los Fenicios.

Del mismo modo es una suposición que no se conocía en la edad homérica el uso del libro ó *membrana* de los árboles ni el de pieles para escribir suposición que choca contra la explícita afirmación de Herodoto.

Y queda el último argumento de Wolf; el que de escritura no se habla en los poemas Homéricos.

Antes de todos los heroes de Troya son anteriores á Homero de dos siglos, y no sus contemporaneos.

«Homero si hubiese conocido la escritura, se la habria prestado á sus héroes»; y yo lo niego. Los héroes de Homero son principes, hombres de guerra, cuyo carácter es el desprecio de toda ocupación que no sea la de las armas. La nobleza feudal no sabia más escritura que los héroes de Homero, y hasta Francisco I, los reyes de Francia firmaban las actas con el sello que llevaban en el puño de la espada. Esto pues de haber hecho analfabetos á sus héroes atestigua en favor de la agudeza de Homero. ¿No

será así? pero puede ser, y no es suponer mucho en el autor de la Iliada, que de muy otros hechos se había dado cuenta.

Pero Homero habla de la escritura: si bien en una sola ocasión. Estamos en el libro VI. Dice la mujer de Preto al marido «Muere ¡oh Preto! ó mata á Belerofonte, pues éste tentó de yacer conmigo por fuerza.» Así dijo. Enfadose el rey al oír tales palabras y no quiso matarle él, porque la religión se lo prohibía pero lo envió á Licia dándole *sémata* perniciosos escribiendo en una hoja de madera muchas cosas malas y doblándola.» Este pasaje no se cita ya contra los Wolfianos no sé si por cierto sentimiento caballeresco. La palabra *sémata*, dice Wolf no significa *letras*, y será acaso por ello que callaron la boca ante la explicación de Wolf.

Sémata significa: *notas, apuntes*, indicaciones y también señales; pero el sentido es el primero siempre que tratase de cosas escritas. Ahora yo pregunto ¿quien bajo la luna, en lugar de decir: dándole escritas órdenes que le debían ser funestas, diría dándole *letras*? Esto podría decirse si se tratara de letras sin sentido y nó de órdenes en palabras ¿Y como podría antojársele á Homero, escribir: dándole el alfabeto? ¿Acaso porque así lo habría querido Wolf? *Semata* (con heta) son *notas, indicaciones* escritas; y en cuanto á la escritura allí también está en la palabra *grápsas*; y en cuanto al papel lo tenemos allí también en la palabra *pínaki*, tablilla ó mejor dicho *hoja* del libro de los arboles; y que así fuese lo dice la palabra *puktó*, (omega con iota subscripto) *doblada*, y pues no falta mas que la estampa.

No dice Homero: escribiendo *sémata* signos, lo que podría entenderse de signos distintos de las letras; más: dándole órdenes que debían serle dañosas, habiendo escrito en una hoja de libro que dobló, muchas cosas (*pollá*), *thomofthóra*, esto es, que le gastaban el alma, á saber las razones

de su enojo. Son estas razones de su enojo que Preto puso por escrito, estas que Homero llama *sémata lugra*, como para decir: *carta funesta*. Nosotros diríamos: dándole una carta funesta, escribiendo en una hoja que dobló, las razones de su enojo

Que acá no se trata de escritura, no le es posible negar sino á quien tiene los ojos tapados por preveniciones. Dudas sobre la autenticidad de estos versos, estas dudas tan cómodas, no fueron levantadas por lo que yo sé, ni se podría suscitarlas pues de la carta otorgada á Belerofonte depende la historia; además ¿á quien podría antojársele intercalarla? La cuestión de la escritura se debe á Wolf y no es antigua.

De modo que también Homero ha hablado, y para mi no sé qué podría pretenderse mas. Adviértase que Preto que se desahogó escribiendo una carta, es anterior á la guerra Troyana.

Pero supongamos que no fuesen letras, que fuesen signos convencionales, que entre Preto y el rey de Licia corriera un cifrario tan abundante que les permitia desahogar sus ánimas el uno en el pecho del otro, pongamos todo lo que Wolf desea y aún mas: siempre queda el hecho de que Homero para expresarse, para indicar la operación que Preto hizo sobre la tablilla usó la palabra: *escribió*, por no saber á que otra *operación* compararla; y que, pues, la *operación era conocida*.

Con esto doy por concluido este punto, y paso al exámen de los poemas del cielo el que de un lado nos muestra que tales poemas han salido de los homéricos, con una que otra añadidura, que se debe al autor de cada poema; y de otro comprueba la exactitud de lo que tenemos dicho, esto es que cuando los poemas ciclicos fueron compuestos, la Iliada y la Odisea tenían la forma actual hasta en los mas mínimos pormenores, pues de lo que hace á las correcciones de Aristarco se tratará más

adelante y se verá cuán pocas han sido las modificaciones, pues los variantes de Homero que encontró Aristarco no exceden en número á las de Dante ó cualquier otro escritor moderno, y son las pocas que se pueden producir en obra escrita y no en poema transmitidos de memoria, siendo una leyenda también en parte lo de interpolaciones y alteraciones.

Vamos al grano. La más contundente prueba es tomar los trozos de Homero y ver si lo que de ellos se saca concuerda con el poema que se examina. El primero de tales poemas, el que abría é iniciaba el ciclo, era, la *Titanomaquia*, ó sea la lucha de los Titanes.

En el V de la Iliada, verso 898, Jupiter algo enojado dice á Marte: "H. s. nac' do de mi, para mi de parió tu madre. Pero si de algún otro Dios fueras hijo, y tan malo, ya estarias, desde mucho, mas abajo que los hijos de Urano." Tenemos aquí al padre de los Titanes: Urano, este es el cielo. De ellos habla Júpiter; falta encontrarles la madre. ¿Y cual puede ser la esposa del cielo, sino la Tierra, Gea? ¿Péro tiene hijos? Ahí esta uno: Titio (Odisea VII, 324). «Llegarás á tu patria dice Alcinoo á Ulises, aún cuando diste mucho mas que Eubea; esta dicen que es la isla mas distante de nuestra gente, que la vieron cuando llevaron al blondo Radamanto á visitar á Titio, hijo de la Tierra.» Titio es un personaje por el estilo de los Titanes.

Como trátase de disponerlo todo en orden cronológico, abriremos nuestro poema con la unión de Urano y de la Tierra, de la que deben nacer los titanes. Busquemos antes los nombres de los titanes que se encuentran en Homero.

Cronos (Saturno) es el primero el poeta le califica de taimado (*ankufo-metis*). Con Saturno tenemos á Rea, su mujer y hermana, á Oceáno también el con su mujer y hermana Tetis' á Yapeto, á Forquis, á Hiperion á Temis

á Dioné madre de Venus. De estos' Hiperión, el que camina por lo alto, Temis, la que preside las reuniones de de los dioses y Dioné, estan en el cielo; Forquis en la mar. Vamos á ver donde viven los otros,

En el XIV de la Iliada, Juno pide á Venus el cinturón de los deseos; «Dame, dice, aquel encanto, aquel deseo con que sujetas á los inmortales y á los mortales. Voy á ver los términos de la tierra alimentadora, y á Oceáno padre de los dioses, y á la madre Tetis los que me criaron con amor y educaron en su casa. recibiendome de mano de Rea, cuando el estruendoso, Júpiter arrojó á Saturno debajo de la tierra y de la mar esteril.

En el mismo, Juno llega á casa del Sueño y le pide que le adormezca á Jupiter, y el sueño le contesta «Testigos sean los dioses que debajo de la tierra estan en torno de Saturno.

Jupiter dice á Juno en el libro VIII (V. 487) «Esto es fatal y nada me importa de tí, ni de tu enojo, aún cuando te fueras á los últimos términos de la tierra y el mar en donde y Japeto y Saturno estan sin poder gozar ni de los rayos del sol que anda por lo alto, ni de vientos: mas el profundo Tártaro los rodea.» Cuales sean los dioses que estan en torno de Saturno, lo dice el poeta en el XIV, V. 279, en donde dice que Juno, juró nombrando á los dioses todos que estan debajo del Tártaro y que se llaman los *Titanes*.

De este pasaje resulta que de los Titanes, Saturno, Japeto y otros fueron por Júpiter arrojados debajo de la tierra y condenados á vivir allí en el destierro, sin poder gozar ni de la luz del sol ni de la frescura de los vientos y en perpétua tiniebla.

Hubo pues una lucha de la que Júpiter resultó vencedor, lucha en la que tomaron parte en favor de Saturno, otros Titanes. Y tenemos, pues, otra parte de nuestro poema, que será esta misma lucha; y solo tendremos que imaginar la causa de tal lucha,

Dada la maldad de Saturno, el taimado, el de mente tortuosa, señalaremos á él el papel odioso. El rayo es el que asegurará la victoria á Júpiter.

Ni esto de poner en lucha á las dioses nos debe parecer singular pues tenemos otro ejemplo. En el I de la Iliada (v. 402) dice Aquiles á Tetis, su madre «En casa del padre te oía con frecuencia jactarte de que tu sola, entre los dioses, alejaste del hijo de Saturno la ruina inmerecida: cuando algunos de los Olímpicos, Juno, Neptuno y Minerva, trataban de encadenarle. Pero tu acudiendo ¡oh diosa! le libertaste de tal peligro, apurandote á llamar al Olimpo al de cien brazos, á quien los dioses llaman Briareo, pero todos los hombres llaman Egeon, siendo mas fuerte que su padre; él sentose cerca de Júpiter, soberbio de tamaña honra, asustáronse los dioses al verle y no encadenaron á Júpiter.»

Ademas de los titanes encontramos á los gigantes, también ellos hijos de la tierra. Tifeo es uno, y luchó con Júpiter, quien le venció y encadenó en Ciclia, en el país de los Arimos debajo de la tierra. Podemos así á la Titanomaquia agregar una gigantomaquia, sin variar mucho las circunstancias. Y si nos gusta recoger en este poema todos los monstruos, podemos dar lugar en nuestro poema á los centauros, sobre los que nos brinda indicaciones Antinoos en la Odisea, canto II (v. 295 y sig); tendremos entonces ocasión de hablar del maestro de Aquiles, Quiron (XXI. Iliada v. 831), que Homero proclama el mas justo de los centauros.

El fué quien dio la lanza á Peleo, de que Aquiles se debia servir en la pelea, y el que enseñó remedios contra cualquier herida á Aquiles, y á Esculapio, cuyo hijo Macaón hace de médico en el campo de Troya (Iliada IV, 219; XVI, 143; XIX, 390)

Vamos á ver ahora de que trata nuestro poema. Ya se ha dicho que se conoce su contenido por un trasunto de los poemas ciclicos sacado de la

Crestomatia de Proclo. Dice este «se habla en el poema la *titanomaquia*, de la unión del cielo y la tierra; de la que han nacido los tres centimanos (uno lo hemos visto: Briareo) y los tres Ciclopes.» La lucha que daba nombre al poema era seguida por la descripción del combate con los gigantes. Hay quien cita este poema con el título ó rotulo de Gigantomaquia lo que prueba la extensión que en el poema tenia la descripción de la lucha de los Gigantes.

Ateneo cita de este modo el poema «El que escribió la Titanomaquia, ya sea Eumelo de Corinto ya Arctino ya otro en el libro segundo dice «En aquel mar flotando peces mudos de aletas de oro, juegan nadando por el agua divina». En aquel mar, se comprende es en donde estaban relegados los Titanes esto es, allá en los confines del mar y de la tierra.»

Dice en otra parte el mismo autor: Eumelo Corintio ó Arctino en una parte de su poema presenta á Júpiter que baila; diciendo. «En medio de ellos bailaba el padre de los Dioses y de los hombres». No sé en que parte del poema se presentaba este baile; probablemente habrá sido despues de la victoria sobre los Titanes.

En un escolio á Apolonio de Rodas se lee Eumelo en su titanomaquia cuenta que Egeón, hijo de la tierra y el Ponto y que vive en la mar fué compañero de los Titanes en la pelea; y Clemente Alejandrino: del centauro Quiron, también trata el que escribió la titanomaquia diciendo:

«Primero él condujo el género de los humanos á la justicia, enseñando el juramento los sacrificios propiciadores y las constelaciones »

Un escoliasta (Iliada XXIII, 295) al verso de la Iliada que dice: «unció al yugo los veloces caballos, á Ete agamenonia y á Podargo» nota lo siguiente: «También el que escribió la Titanomaquia dice que de los caballos del Sol dos eran machos y dos hembras». Higino nos da sus nombres: Coos y

Etiope; y las hembras: Bronte y Este-rope.

Esto es todo lo que es dable saber del primer poema del ciclo y por lo visto fue compuesto con indicaciones homéricas dilatadas no se con que arte Como autor antes no se indicaba á nadie después se ven dados ya á Eume-lo, ya á Arctino.

La lista de los dioses griegos se fué en lo sucesivo ensanchando y com-pletando, pero nada nos autoriza á creer que en este poema el autor se apartara de Homero sino en menu-dencias, de cualquier modo inventan-do de suyo y no sacando de tradiciones y leyendas extra homéricas, El tener que juntar en una composición, que hiciera la impresión de un todo orgánico estas migajas homéricas, obligaba de por sí á una que otra invención. Del poeta era la intención ilustrar á Home-ro, en lo que el deja tan solo adivinar respecto de los dioses, á los hecaton-quiros ó centimanos, á los titanes gi-gantes y centauros, dejando lo que Homero expone detenidamente. Un moderno habriase contentado con dar los pasajes de Homero concertados, y habria titulado el libro: *Prolegómenos mi.ológicos á Homero*. En aquel tiem-po no se tenia idea de obras didascá-licas: y para comentar un poema se escribía otro.

La descripción era la parte principal esto es la amplificación de las indica-ciones, homéricas: las invenciones del poeta no servían mas que para juntar tales indicaciones, dando forma de un todo al poema: ni ciertamente pensaba el autor en que sus invenciones serían á su turno gérmenes de otras leyen-das y poemas.

El segundo poema titulabase «*los Chiprios*» ó según Proclo «*La Chipria*» es á saber «*Venus, la diosa de Chipre*» y esto por el papel principal que Venus desempeña en el poema. Oiga-mos á Proclo: «Jupiter y Tétides deli-beran sobre la guerra de Troya. Mien-tras los dioses banquetean en las bo-das de Peleo, acercase la Discordia

(Eris) y hace nacer una lid acerca de su hermosura entre Venus, Minerva y Juno. Por orden de Júpiter, Mercurio conduce á los Dioses adonde está Paris ó Alejandro, en el monte Ida, para que falle en la contienda. Ale-jandro adjudica la primacia á Venus, reducido por ella con la promesa de darle á Helena. Luego Paris por con-sejo de Venus arma una flota en la que embarcose también Eneas, y va á Esparta. Entre tanto Helena profetiza los males que la expedición ocasionaría á Troya y también Casandra, sin ser escuchadas hace vaticinios. Llega Paris á Laconia y recibe hospitalidad de los Tindárides (Castor y Polux) y despues pasa á Esparta. Hay una comida en la que Paris hace sus dones á Helena. Menelao entre tanto tiene que ir á Creta y deja ordenado á Hele-na que cuide de los huéspedes.

Alejandro aprovecha la ausencia de Menelao. Cometido el crimen. Helena huye con Paris; y una tempestad desencadenada por Juno los impele á Sidon, en Fenicia, de la que Alejandro se apodera y con un rico botin llega finalmente á Troya.»

Esta es la primera parte del poe-ma, que según se echa de ver comiENZA con las bodas de Tetis y Peleo á la que asistieron todos los dioses. Allí tiene lugar el coloquio de Tetis y de Júpiter, y allí la dis-cordia hace surgir la lid entre las diosas. No se habla de la famosa manzana. Siguen el fallo de Paris, el rapto de Helena y la toma de Sidon y la vuelta á Troya.

Respecto á la intervención de los dioses en las bodas de Peleo, dice Homero (Iliada XXIV, 60): Héctor es mortal (es Juno que habla dirigién-dose á Apolo) y mamó pechos de mujer mortal; al paso que Aquiles es hijo de una diosa que yo mismo he criado y educado, y á la que yo dí por marido á Peleo, el hombre mas acepto á los inmortales; y vosotros todos ¡oh dioses! asistireis á sus nupcias.»

El de la discordia es motivo homérico también (XI). El fallo de París está indicado en estos versos «á ellas (á Minerva y á Juno) eran odiosos y la sagrada Troya y Priamo y su pueblo, por la injuria de Alejandro: habiendo ofendido este á las diosas cuando presentáronse á su cabaña y él prefirió á la que satisfizo su sensualidad funesta (Il. XXIV, 28).

Tenemos acá la alusión al fallo favorable á Venus: la promesa de Venus; además en la palabra *chosa* ó *cabaña* el germen de leyendas posteriores; pues ¿siendo Paris hijo de Priamo, como es que se halla en un tugurio? Solo porque Priamo tuvo que hacerle criar en el campo, entre pastores, etc. Leyendas que nacen de buscar respuestas á tales preguntas.

En cuanto al rapto y á la toma de Sidón, oígame (Il. III, 442): «Jamás el amor me cegó tanto, dice Paris á Helena, como ahora, jamás, ni siquiera cuando navegando despues de haberle robado de la Amena Esparta, pude en la isla de Cranae, tenerte en mis brazos».

Y (Il. VI, 288): «Ella, Hecuba, bajó al cuarto que todo olía á perfumes, en donde guardabanse los variados peplos, labor de las mujeres sidonias, que el mismo hermosísimo Alejandro había traído presas de Sidon, atravesando en nave, el mar en el viaje en que había robado á Helena, la hija de padre tan noble».

Sigue, ahora, el poema narrando como entretanto que Paris huía con Helena, Castor y Polux intentaron un robo de bueyes y quedaron sorprendidos por los dueños quedando Castor muerto por Linceo: el que con Ida, cayeron por mano de Polux. Júpiter á los dos gemelos, concedió la inmortalidad, alternativamente un día á cada uno.

Antes de todo (Il. III, 236) Homeros informa de la muerte de los dos hermanos. Helena desde una torre enseña á Priamo los heroes griegos,

de quienes dice el nombre y agrega: «no alcanzo á ver á los dos principes, á Castor, domador de caballos, y á Polux, sobresaliente en el pugilato, hermanos míos á los que mi madre dió á luz en un parto conmigo»; y añade: ó deben de haber muerto, ó han tenido vergüenza de mi deshonra.

En la Odisea (XI, 300) Ulises describiendo su viaje al infierno dice: V; también á Leda mujer de Tindareo, la que bajo Tindareo dió á luz magnánimos hijos: á Castor, domador de caballos á Polux sobresaliente en el pugilato á quienes la tierra nutritiva tiene más vivos todavía, pues aún debajo de la tierra reciben honra de Júpiter y viven alternativamente, y quedan muertos un día cada uno.»

Circunstancia fingida por el autor del poema, seria la del robo de los bueyes, pero no es mas que lo que Nestor cuenta de si en el XI de la Iliada, en que describe un robo llevado, á cabo por él, de ganado en el país de los Eleos, con la muerte de Ilimoneo.

Mas bien invención es el modo de la muerte de Castor, que Homero no indica, más de invención facil, dada su bizarría: no podía ser muerto más que en algún caso singular que le impidiese emplear sus fuerzas. La noticia de esta circunstancia la tenemos de Aristarco por medio del escoliasta de Pindaro, Castor se había escondido en una encina pero Linceo, cuyos ojos eran sensibles á los rayos Roetgen y veía á través de cualquier obstaculo, le vió lumbró, acercósele, pues, cuando más descuidado estaba, creyéndose oculto, y le mató de un golpe. El mismo nombre de Linceo, que deriva de *linx*, lámpara, sugiere, lo de la vista que distingue los objetos también en la oscuridad, y otros obstáculos. Esta circunstancia revela, empero alguna fantasia en el autor del poema.

Sigue narrando el poeta que Iris bajó y todo se lo contó á Menelao. Esté vuelve de Creta: trata con Agamenon de la expedición y luego va á visitar á

Nestor, que aprovecha la ocasión para infligirle un largo discurso. En este discurso le habla de su expedición al país de los Eleos, la narra los casos de Ariadna y Teseo; describe el furor de Hércules que para vengar á los Eleos mató á sus once hermanos y le cuenta las desgracias de Edipo. El mismo discurso de Nestor del XI de la Iliada ofreció parte de la materia al poeta. Allá narra Nestor su expedición, habla del furor de Hércules; de la toma de Pilo, de la matanzas de sus hermanos. Semejante discurso pone también Ovidio en boca de Nestor en las *Metamorfosis*, solo que en Ovidio, Nestor habla con Tlepólemo, hijo de Hércules. Ovidio aprovechó largamente el ciclo para la composición de su poema, haciendo uso también de las modificaciones, á que las leyendas anduvieron sujetas. Los casos de Edipo, se leen en la Odisea (XI, 271) «Ví la madre de Edipo, la hermosa Epicaste, que un gran crimen cometió por ignorancia, casándose con su hijo pues él, muerto el padre casóse con ella, pero los dioses todo lo hicieron público. El siguió viviendo en la amenisima Tebas, sufriendo mucho, y reinaba sobre los Cadmeos: por siniestra voluntad de los dioses, ella bajó al infierno, que tiene puertas firmes ahorcándose con un nudo colgado del alto de su cuarto; y dejó á Edipo aflicciones sin número, cuantas las Furias de una madre pueden infligir.»

Tampoco falta en Homero la invención de Teseo y Ariadna en el mismo canto XI: Ví á la hermosa Ariadna (Siempre es Ulises el que habla, que describe su bajada á los infiernos), hijo del terrible Minos, á quien Teseo un tiempo logró llevar de Creta al país montuoso de la sagrada Atenas; pero no pudo poseerla porque Diana la mató antes en la isla de Dios, condenándola por el testimonio de Dionisio. El mito tomó en lo sucesivo otra forma: Ariadna abandonada por Teseo, se casa con Baco ó Dionisio. En el poema

este, sin embargo, se seguía, sin duda, la relación homérica.

Sigue el poeta narrando la fingida locura de Ulises para no acompañar á Agamenón hasta Troya y el modo como Palamedes logró descubrirla, obligando á Ulises á seguirlos.

No hace Homero mención de Palamedes: es un personaje nuevo, pero fingido como Linceo, para un fin determinado. En el último canto de la Odisea el alma de Agamenon hablando á Anfimedonte sale con estas palabras. «Yo fuí tu hoesped ¿no te acuerdas de cuando allá, vine á tu casa con el divino Menelao para persuadir á Ulises de que nos siguiera á Troya? No volvimos á regresar sino después de mas de un mes, logrando al fin persuadir á Ulises el desvador de ciudades.» Se hace aqui alusión á una resistencia de Ulises que no quiere acompañar á los Atrides en la guerra contra Troya Basta para dar materia á una leyenda. Ulises era astuto debia pues escogitar algo digno de su fama para escapar á la ley de conscripción: fingiose loco.

Hete entonces, la necesidad de otro personaje mas astuto que él. Como trátase de una porfia ó contienda de astucia, al tal personaje se le dará el nombre de Palamedes *el que lucha con el consejo*. Forjado el nombre, lo demás no era difícil. Ulises habia tenido, aquel año mismo, un hijo de Penélope, Telémaco: Palamedes finge darle muerte y obliga de este modo á Ulises á descubrirse. Esta ficción fué germen de una serie sin fin de otras leyendas eruditas: hasta cuando no reparando en que Palamedes era un personaje fingido hubo quien preguntase porqué no hallábase mencionado en Homero. Y la contestación fué la leyenda que Palamedes antes de Homero habia escrito unos poemas sobre la guerra de Troya y que Homero los hizo desaparecer por envidia.

Sigamos, ahora, con el exámen de los chiprios ó la chipria. Las naves de

los Griegos se reunieron en el puerto de Aulis; allí sucedió un prodigio, habían los Griegos, para hacer sacrificios, levantado un altar debajo de un plátano. De repente salió un dragon de la tierra y subiose al árbol, donde encontró un nido con ocho pajaritos y se los comió, logrando después agarrar á la madre, que volaba al rededor chillando. Interrogado Calcante permanecer el adivino, dijo que el prodigio aquel indicaba que tendria que permanecer nueve años en Troya, y que la ciudad caeria en el décimo año. Todo lo cual esta narrado en el 2º libro de la Iliada, desde el verso 300, en adelante.

Lo que sigue en el poema no se encuentra en la Iliada: Trátase de que las naves Griegas se hacen á la vela y llegan á Misia y se apoderan de la ciudad de Tentrenten, creyendo que fuera Trova. Allí muere el hijo de Polinice, Tersandro. allí sale Teleso para rechazar á los Griegos quedando herido. Caidos en la cuenta de que se habian equivocado, se hacen otra vez á la vela: el viento dispensa las naves; las de Aquiles llegan á Escira, donde el héroe se casa con Deidamia hija de Licomedes. Despues todas las naves vuelven á hallarse reunidas en Aulis.

Esta primera expedición parece invención del poeta; y no le hacia demasiado honor Raya en sandez lo de la equivocación. Parece pues reputada nuestra tesis que de los poemas homéricos han sido sacados los del ciclo en su totalidad. Solo que Homero mismo obligó al autor á imaginar esta primera salida de Aulis. En el libro X de la Iliada (668) háblase de la toma de Escira; en el XIX (326) menciona Aquiles á su hijo que se le criaba en Esciro. Era necesario hacerle llegar á Esciro, casarle allí con alguna doncella, y no podia ser sino con la hija del rey.

Todo lo cual no podia el poeta ponerlo despues de la salida definitiva de Aulis y de la llegada á Troya; no

hallando en Homero indicación que le autorizase, imaginó una primera salida adornandola con pormenores fantásticos y aprovechando para mencionar también al hijo de Polinice que no podia no haber tomado parte en la expedición, aunque no hable de él Homero. Son ficciones que Homero mismo sugiere. Vueltas las naves á recogerse en Aulis, no pueden salir porque Diana, airada contra Agamenon que la habia muerto un ciervo, detiene los vientos. Interrogado Calcante, dice que para aplacar á la diosa era menester sacrificarle á Ifigenia, hija de Agamenon.

Tambien de esto hallase mención en Homero, pero en el primer libro. Agamenon quájase de que Calcante siempre ha vaticinado contra él; lo cual hace suponer vaticinios anteriores, desfavorables á Agamenon. Fué este el germen de la leyenda.

Sigue la llegada á Tenedos, y la herida que Filoctetes se infiere en el pie, lo que obligó á los griegos á dejarle en Lemno. Indicaciones de todo lo cual se encuentran en el II de la Iliada (verso 761). Llegan las naves á Troya: Protesilao es muerto por Héctor. De Protesilao se hace mención en cuatro pasajes de la Iliada, y en el libro segundo de su muerte. Aquiles mata á Cierco y sigue la devastación de ciudades cercanas á Troya, y de lo que también se hace mención en muchos puntos de la Iliada. Debe de ser invención del poeta el coloquio entre Aquiles y Helena.

Lo dicho basta para dar idea de la formación de estos poemas, y para demostrar que no son mas que comentarios de la Iliada.

A la Chipria, que deja la accion donde empieza la Iliada, sigue la Iliada y á esta la Estiopida que se supone de Arectino: en la que narrase la llegada de Meninon hijo de la Aurora con los Estiopes, en ayuda de los Troyanos del que se hace mención en el IV de la Odisea (187) y en el XII (522) Sigue su muerte y la de Aquiles.

Todas las circunstancias de esta están indicadas en el último canto de la *Odisea* (15).

Único hecho nuevo es la llegada de Penthesilea, reina de las Amazonas, de quien no habla Homero: sin embargo de relaciones, ya hostiles, ya amistosas de los Troyanos con las Amazonas se trata en el III de la *Iliada*.

A este poema hacía séquito la pequeña *Iliada* del supuesto Lesques y la toma de Troya de Arctino; y como hay alguna diferencia entre los dos poemas en unos pormenores, de ahí la leyenda del certamen entre Lasquies y Aretino; El poema de los Nostos, en que se narraba el regreso de los héroes, venía tras estos; se componía de cinco libros y atribuíase á Angio Trezenio; á este seguía la *Odisea* y á la *Odisea* la *Talegonia* del fingido Eugamon. No me detengo en mostrar como todos estos poemas, lo mismo que la *Chipria* han sido formados con indicaciones de los poemas homéricos. No me detengo en ello porque es trabajo que pueden hacer ustedes, si les gusta, y les podrá servir de tesis; y porque con lo dicho sobra para lo que hace menester.

LECCIÓN DÉCIMA

Los poemas del ciclo, y á más la *Bratiocomiomaquia*, el *Margites*, los himnos y otros, no tenían en principio nombre de autor; lo prueba el ver que se atribuye su paternidad ya á unos ya á otros.

Los nombres de estos supuestos autores han sido forjados en la época Alejandrina, como tengo demostrado: ni negaré que alguna de tales composiciones se hiciera remontar á Homero; como por ejemplo el himno á Apolo que Tucídides y Simónides reputaban obra de nuestro poeta.

No es sin embargo cierto los que

muchos dan por tal; que todos estos poemas sin excepción se creyesen en principio hechura de Homero. Esto, que de todos los poemas susodichos se atribuyera á Homero la paternidad en la edad anterior á Platón, se lee en escritores tardíos, y que fué aceptado por los que tenían interés en demostrar que Homero no era en antiguo más que un nombre, sinónimo de poeta épico.

Para nosotros es de todo punto inverosímil que hombres de gusto tan fino como Solon, Píndaro, Simónides, Esquilo, sabios como Herodoto y Tucídides no advirtiesen la inmensa superioridad artística de la *Iliada* y *Odisea* con respecto á los demás poemas. Si tal hecho se demostrara, no sería explicable; salvo si se negase todo valor artístico á las dos grandes epopeyas.

El arte es algo: pueden equivocarse críticos y eruditos sin gusto, pero no artistas de valor. Del arte hacen los alemanes caso omiso, siendo cosa que no se toca: y sin embargo allí está el busilis. Si no se toma en la cuenta el arte, si la pintura no es más que un nombre. se podrá dudar de la autenticidad de todos los cuadros de Rafael: suponerles varios autores y atribuir á él cuadros que no son suyos; pero no, si el arte es algo, si la perfección no es una quimera. Vamos pues, á plantear la afirmación que dejo expuesta.

¿Es verdad que todos los poemas del ciclo se atribuían á Homero antes de Platon? ¿Y esto por hombres entendidos?

HIMNOS —

De los himnos solo el himno á Apolo era considerado homérico por Tucídides, y Simónides. El hecho es inopugnable: del himno de Apolo que Tucídides cree obra de Homero trae muchos versos, que se leen en el himno homérico que lleva tal nom-

bre: y para Simonides el ciego de Quios del himno era Homero.

Un himno sobre 34 no es mucho. Dar razón de la equivocación no me parece posible. Ya se ha visto que según un escolias de Pindaro, el tal himno sería hechura de Cineton de Quios. Quien es el autor de los himnos no es dable saber.

Tucídides las califica de *proemios*; y se supone que los rapsodas preludiaran con ellos el canto del poema.

Son 34: algunos los de Apolo, Venus, Mercurio, Ceres, son bastante largos, los otros muy breves. Que estos últimos sirvieran de proemios, bien se puede admitir: de los primeros no parece posible, siendo largos como rapsodias.

El himno á Apolo consta al parecer de la reunión de dos himnos; y acaso tenemos allí un ejemplo de certámen poético. Hay unos versos que andan bajo el nombre de Hesiodo; en los que el poeta dice que él y Homero cantaron á porfia en Delos un himno á Apolo, *cosiendo el canto*, esto es cantando el uno después del otro: y parece una alusión á este himno.

Cualquier sea el autor de tales versos, hubo de creer que el himno fuese un certámen, y tal parece en efecto. De su antigüedad no hay duda, pues se ve citado por Simonides de Ceo. Su forma hace recordar el himno á las musas de la Teogonia. En la primera parte se narra el nacimiento de Apolo. Latona preñada anda buscando un sitio donde dar á luz á Apolo: todas las islas y ciudades la rechazan á excepción de Delo, que antes de darle lugar, exige de Latona juramente de que Apolo, después de nacido, no sumergirá en la mar á la isla.

El nacimiento del Dios está descrito de este modo: «Al rededor de una palmera lanzó los brazos; y apoyó las rodillas en el blando prado: sonriose la tierra debajo; y Apolo saltó afuera, á la luz, y todo los dioses aullaron. Allá, ó Febo saetero, le

lavarón las diosas en agua limpia, casta y puramente y te ciñeron alrededor una cintura de oro. Ni despues una hembra amamantó á Apolo el de la citara de oro, más Temis le brindó con sus manos inmortales nectar y grata ambrosia, y se regocijó Latona de haber dado á luz un hijo tan bizarro y tan valiente arquero».

En la segunda parte se narran los viajes de Apolo, lo que brinda ocasión al poeta de recordar todos los lugares en que el Dios tenia un templo.

Se diría una historia poética de la difusión del culto de Apolo: que según Curtius, no fué menos benefico en antiguo del Cristianismo. Desde el verso 388 hasta el 545 se describe la fundación del Santuario de Delfo; y esta es la mas antigua mención del tal santuario.

HIMNO Á MERCURIO —

El himno á Apolo consta de 516 versos: el himno á Mercurio de 509. El himno á Apolo se parece en la estructura al himno á las Musas de la Teogonia, como tengo observado: este á Mercurio es de hechura muy distinta. Traeré de él unos versos del principio: «á Mercurio, canta ¡oh Dios! hijo de Júpiter y de Maia, rey de Cilene, y de la rica en ganado Arcadia; mensajero de los inmortales, inventor de todas las cosas útiles, á quien dió á luz Maia, donde lla de hermosa cabellera, que con Júpiter juntose en amor, veneranda alejose de la compañía de los dioses bien aventurados, entrando á habitar en un antro sombreado: y allí el hijo de Saturno, de noche muy entrada juntabase con la ninfa de hermosa cabellera, entretanto que el sueño ocupaba á Juno la de blancos brazos: allá escondido á mortales é inmortales. Pero cuando cumpliöse el consejo del grande Júpiter y para ella apareció en el cielo el decimo mes, entonces dió á luz al hijo taimado, que engaña con

lisonjas, ladrón, abigeo, que guía á los sueños y anda espiando de noche, tentando las puertas, y que pronto debia mostrar á los dioses sus obras insignes. Nació por la mañana, á medio dia ya tocaba la cítara y por la tarde ya robaba los bueyes del arquero Apolo.»

EL HIMNO A VENUS —

Tiene 204 versos y daré también de él los primeros: «¡Oh Musa! cántame la hazañas de la aurea Venus de Chipre, la que hace nacer en los dioses un dulce deseo, y doma á los humanos y á las aves en el aire y á todas las fieras, cuantas alimenta la tierra y la mar á todos pues, son gratas las obras de la bien coronada Citerea.»

Tres son las diosas cuya alma no llega Venus á doblar, ni engañar: «la hija de Jupiter armada de egida, Minerva, de ojos azules: no gusta ella de las obras de la áurea Venus: solo le gustan las guerras y las obras de Marte y combates y peleas y enseñar trabajos hermosos: pues ella es la que primera enseñó á los herreros á hacer arados y carros de bronce de varias formas: ella á las muchachas de tierno cuerpo que no salen de casa enseña labores admirables y se las pone en mente. Lo mismo y jamas Venus, amiga de risas, pudo domar á Diana tumultuosa, la de dardos de oro, ni someterla al amor.

Pues Diana solo es amiga de arcos y de cazar fieras en los montes y de la cítara, del coro, de claros aullidos, de bosques sombreados, y de ciudades de hombres honestos. Tampoco gusta de las obras de Venus, Vesta, la veranda doncella, la primera hija del taimado Saturno, á quien ambicionaban Neptuno y Apolo. Pero ella no quiso de ningún modo y rehusó con aspereza y juró con gran solemnidad, lo que mantuvo después, poniendo la mano sobre la cabeza del padre Júpiter, el que tiene la egida, que ella permanecería virgen por siempre, la

diosa de los dioses. El padre le dió por esto un don hermoso: y desde entonces estuvo sentada en medio de la casa, tomando grasa, en todos los templos de los dioses es honrada y para todos los hombres es la primera de las diosas.

De estas tres no puede Venus plegar el alma, ni engañarlas: de todos los demás seres, ninguno puede sustraerse á Venus; ni de los dioses inmortales, ni de los humanos: antes bien hasta sedujo la mente de Júpiter, señor del rayo; que es el mayor de los dioses y á quien cupo en suerte el honor más grande: pues bien cuando se le dió la gana, engañando la mente prudente, le juntó con mujeres mortales, haciendole olvidar á Juno, su hermana y esposa.»

EL HIMNO A CERES. —

Tiene 548 versos.

Acaso es el mas hermoso: dió lugar á numerosas controversias que ustedes pueden leer en la clásica memoria de Puntoni (Liorna Raf. Giusti 1896). Fué descubierto este himno en Moscow por Matthaei en 1777. En algunos pasajes se encuentran circunstancias del himno á Ceres de Pamfo, citado por Pausanias. que llamó á Pamfo el mas antiguo poeta Ateniese. También acá se pretende distinguir varios himnos y autores y repeticiones y tal vez no se de la forma particular de los himnos, que se encuentran también en el de Apolo y en el de las Musas de la Teogonia á los que se parece mucho, según mi modo de ver. Lo que se hecha de ver en estos tres himnos es algo como los giros de unas estrofas. El rapto de Prosperina está descrito de este modo, al principio: «Empiezo á cantar á Ceres, la de hermosa cabellera, veneranda diosa, y á su hija de tierno pié, á quien Pluto robó prometiéndolo Júpiter el estruendoso, que todo lo mira.

Estaba lejos de Ceres la del trono de oro, que nos brinda el fruto hermoso;

con las hijas de Oceano, de alta cintura y cogía flores, rosas, azafran, violetas en un blando prado, y gladiolos, y el jacinto, y el narciso. Produjo este la tierra por voluntad de Júpiter y para hacer favor á Pluto y engañar á la rosada muchacha. Era de hermosura estupenda: y todos al verle se pasmaron los dioses inmortales y los humanos: de la raiz le brotaban cien tallos: y despedía tal perfume que todo el cielo arriba, y todo la tierra reia y las salubres olas del mar. Ella maravillandose largó al mismo tiempo ambas las manos para coger aquel hermoso embeleso: y abriose la tierra en los campos Nicios y de la hendidura arrojose el rey Pluto, noble hijo de Saturno, con inmortales caballos. Robó pues á la doncella y la puso sobre el carro de oro, apesar de sus gritos: pues ella gritó con voz aguda, invocando al padre Saturnio potentísimo. Pero ninguno ni de los dioses ni de los hombres oyó su voz ni alguna de sus compañeras, de manos hermosas, á excepción de Ecate, la de sutil venda, hija de Perseo, de alma apacible esta la oyó y el rey sol, hijo de Hyperion.»

Los demás himnos son breves y como he dicho, debian de ser preludios de rapsodias: todos acaban con una plegaria de dos ó tres versos. Como autor de los himnos se ve dado á Homero en la vida del falso Herodoto, en la de Suidas, etc. Pero no obstante el titulo que llevan de Homéricos, solo el himno á Apolo fué creído tal por escritores autorizados. Nadie me saca de la cabeza que el himno á Ceres, sea el que Pausanias leyó, creyéndolo de Pamfo. Sobra decir que todos son en exámetros y que aun los mas hermosos distan tanto del arte soberano de Homero, como el cielo de la tierra. Todos rebosan de repeticiones, de hémistiquios de Homero empleados de discreción. La estructura es tan poco orgánica y la narración tan poco artística que imitarlos no es difícil, por poco que sea la fa-

miliaridad que uno tenga con Homero. Leopardi, en efecto, cuando aun tanto se hablaba del descubrimiento del himno á Ceres, publicó uno á Neptuno que engañó á todos los sabios, y que sin duda vale tanto como el mejor de los antiguos.

Batracòmiomaquia ó la guerra entre los ratones y las ranas. El pseudo Herodoto dá á Homero como autor del poema éste. Nárrase en él de un ratón; Roba-migajas, que escapado de las garras de una comadreja, en llegando á un estanque á beber se entretiene en platicar con Hinchamejillas, rey de las ranas, el cual le persuade, dejándose llevar en sus hombros á que visite su reino. En medio del estanque sale una serpiente y la rana por natural instinto se sume en el agua, y queda de este modo ahogado el raton. *Indeirae*. Los ratones quieren vengar á su rey y mueven guerra á las ranas. Ya estas huian derrotadas cuando Júpiter les envia, por consejo de los dioses, los cangrejos en su socorro, y estos ahuyentan á los ratones.

Hacen tambien á Homero autor del poema este: Marcial (l. XIV ep. 183.) Estacio Papinio, Fulguencio (lit. 1 mitolog.)

El poema es anterior á Alejandro el Grande, pues este calificó de *miomaquia*, la guerra de Antipatro contra Argis (Plut. *Agestlao*) excusado está decir que lo atribuyan á Homero, Suidas, Tzetzes, etc. Plutarco nos hace saber que autor del poema hubo de ser Pigrete, hermano de aquella reina Artemina, que con tanto arrojo combatió en Salamina, en 480. a. d. c., que Jerjes exclamó: « Hoy las hembras se han vuelto varones y los varones hembras,»

Mucho gustaban los Griegos de parodias. A la recitación de la tragedia se seguia, por ejemplo, la del drama satirico que mas ó menos con respecto á la tragedia es lo que este poema que nos ocupa, con respecto á la Iliada.

Epigramas Llamanse epigramas homéricos, las poesias que consigna en su vida el falso Herodoto; y de las cuales algunas se consigna también en el certamen. No es dable establecer la fecha de su composición.

Un poema titulado *Amazonia* atribuye Suidas á Homero, y el asunto debia ser una guerra entre las amazonas y el Atica.

Tebaida. Era un poema de siete cantos y trataba de la expedición de Anfíarao contra Tebas. El pseudo Herodoto. Suidas Tzetzes, lo dan como obra de Homero. Pertenece al ciclo también este poema. Como se echa de ver todas estas atribuciones se deben á autores posteriores á Cristo y no á los griegos de la edad clásica. Sin embargo, se dice. Calino inventor de la elegía, atribuyó á Homero este poema Yo dudó mucho de que haya existido este Calino. Fundo mi duda en lo que no se ve citado sino por escritores tardíos; si se admite su existencia debió de florecer á mediados del siglo VII. a. de c. cuando habia muerto Arquiloco, al que se deben no pocas elegias

La noticia de esta opinión de Calino se encuentra en Pausanias. Este autor dice que de los poemas ciclicos, el mejor después de la Iliada era á su parecer, la Tebaida, atribuida á Homero por Caleno. En Pausanias se lee Caleno y no Calino: Rutinken pensó que allí debe leerse: *Galímaco*. Luego es suposición que el Caleno de Pausanias sea Calino.

Cita además Suidas otros poemas de Homero: uno sería la *aranomaquia* ó guerra de las arañas; otro la *geranomaquia* ó guerra de las grullas. El asunto de este poema deben de haber sido los versos del III de la Iliada: «adelantaban los Troyanos con gritos y ruido, á guisa de aves. Tal es el clamor de los grullas que llega del cielo. Estas, huyendo el invierno y las lluvias sin fin, con grande estruendo pasan á vuelo las corrientes del Océano, para llevar estrago y

muerte al pueblo de los Pigmeos: por el aire pues van llevando á ellos una guerra funesta».

El célebre viajero alemán: Sweifut al describir el pueblo de los Akaos, descubierto por él en el corazón de Africa, pueblo de enanos, de la misma casta de los Vambutis, que Stanley encontró en la gran floresta africana, cita estos versos de Homero como prueba de que ya desde aquella antigua edad se conocia la existencia de una raza de enanos, que ocupaba el centro del Africa.

Lo propio que la Tebaida pertenecía al ciclo el poema, los Epigonos que narraban la guerra contra Tebas, de los hijos de los siete reyes cuya expedición se narraba en la Tebaida. Herodoto (IV, 32), cita este poema y dá á entender que habia quien le considerara obra de Homero; pero él es de distinta opinión.

El pseudo Herodoto cita á los Epíquicidas, el nombre según Ateneo (11, p. 65) deriva de *Kíchles*, esto es tordos, por unos tordos que los muchachos dieron á Homero en recompensa de esta poesía. El asunto era amoroso.

Ya he mencionado la Pequeña Iliada, de la que se daba por autor á Lesques. Un poema jocoso era el titulado *Kérkopos*, esto es, los pillos, si no quiere decir las cigarras. Le citan el falso Herodoto, Suidas, Tzetzes, Harpocracion, Eustacio, etc., como hechura de Homero.

Tambien poema jocoso era el Margites: el nombre era el de un bobo. Se ve citado por Platon. (Alcibiades) y por Aristóteles, quien le atribuye á Homero (poetica cap. 4). El fallo de Aristóteles tendria valor. Pero antes de todo, á pesar de ser Aristóteles tan gran filósofo y poeta elegante, muy poco se entendia de Homero, como es facil demostrar, según dice Sengebusch. Además Aristóteles en su afán de sistematizarlo todo, acepta lo que le conviene; y le convenia el que Homero fuese autor del Margites, para

hacer derivar de él no menos la tragedia que la comedia. Dice en efecto, que la misma relación que tiene la Iliada con la tragedia, la tiene el Margites con la comedia. Según Suidas, Pigretes sería autor de este poema; pero no es verosímil, pues es mucho más antiguo: servía á los Colofonios para demostrar que Homero era su conciudadano.

Que son los *paignias* es difícil establecer. Según el falso Herodoto no debían de ser distintos de los epigramas. Sófocles, se afirma, que los creía de Homero: mas es conjetura basada en una cita que parece tomada de los epigramas.

Eliano dice que Pindaro atribuía á Homero el poema la *Chipriada* ó *los Chiprios*. Herodoto nos hace saber que en efecto habría quien lo atribuyese á Homero; lo cual no le parecía cierto. Respecto de Pindaro, la opinión de Eliano nace tal vez de ver unos versos citados por Pindaro. Pero citar un poema cíclico no es lo mismo que darlo por obra de Homero. Pindaro abunda en mitos sacados de los poemas cíclicos. Que Simonides creyera de Homero la Tebaida es opinión de Walck.

Hasta ahora pues nada tenemos de cierto respecto á la opinión de los antiguos acerca del autor de los poemas cíclicos. Que Homero fuera autor de todos estos poemas era, se dice, opinión de Esquilo. El argumento es este: Esquilo, dice Ateneo, llamaba á sus tragedias migajas de los opiparos banquetes de Homero. Luego, se argumenta: Esquilo á más de los asuntos sacados del ciclo Troyano, trató otros como el caso de Edipo, el mito de las Danaides etc., de ciclos de leyendas muy distintos. Luego no pudo llamar migajas de la opípara mesa de Homero á sus tragedias, si nó es que consideraba obra de Homero todos los poemas cíclicos. Se responde que Esquilo con tal expresión dice precisamente lo contrario. Llamó á sus tragedias migajas de la cena de

Homero en el sentido que sus asuntos eran alusiones é indicaciones de los poemas homéricos: ni más ni menos que de tales indicaciones salían todos los poemas cíclicos. Esto quiere decir migajas estos pasajes que el dilataba en tragedias. Pues antiguamente no se atribuían á Homero por los entendidos más que la Iliada y la Odisea; y la contraprueba la tenemos en la ley de Solon que excluía todos los demás poemas de la recitación en las fiestas panatenaicas.

Walck llama la recensión de Pisistrato «*vox tutius antiquitatis*». Los documentos sin embargo no son tan numerosos. Josefo no menciona á Pisistrato; su pasaje solo serviría para demostrar el empleo tardío de la escritura en Grecia, por lo que vale la autoridad de Josefo.

Eliano dice (Var. hist 1317): «Las poesías de Homero los antiguos en principio las cantaban separadamente, por ejemplo: *el combate cerca de las naves; la Dolonia, las hazañas de Agamenon*; etc y lo mismo digase de la Odisea: lo de Pilo, lo de Esparta etc.

«Tocola Licurgo, el de Esparta, llevar el primero reunida á Grecia la poesía de Homero. El volumen éste lo trajo de la Jonia, cuando viajó allá. Después Pisistrato recogiendo la Iliada y la Odisea, las publicó.»

Eliano floreció dos siglos después de Cristo, él por lo visto habla mucho de la transcripción de Licurgo, de que hace mención Plutarco.

Pero la primera cita es la de Cicerón: «¿quién más docto en aquellos tiempos que Pisistrato? ¿y cual orador más culto y literato?»

«El primero ordenó los libros de Homero, que antes estaban confusos, como los tenemos hoy en día (de Oratore, cap. 34, § 177).» Cicerón habla de *libros de Homero* y no de *cantos*; y pues ya según él, estaban escritos los poemas.

Los testimonios posteriores como el de Libanio ni siquiera valdría la

pena de traerlos, pues creada una leyenda; es natural que se encuentre repetida. Eustacio mil años después de Cicerón escribe: «dicen los antiguos que esta rapsodia (la K, lib. 10) fué por Homero escrita separada y que no hacia parte de la Iliada, y que fué introducida en el poema por Pisistrato.»

Eustacio aquí no expresa su opinión: solo demuestra que perduraba en su tiempo la fama de interpolaciones hechas por Pisistrato. Las mismas palabras de Eustacio se leen en el escolio V á propósito de esta misma rapsodia. La vida IV y la V citan el epigrama relativo á Pisistrato como prueba de que se le debe la colección de los cantos de Homero. Suida dice así. «escribió la Iliada no toda junta ni seguidamente; como está en la actualidad, sinó aparte cada rapsodia que recitaba en sus giras por las ciudades para ganarse la vida y allá la dejaba. Después fueron reunidas y ordenadas por muchos y sobre todo por Pisistrato; tirano de Atenas.»

En todos estos pasajes siempre se habla de *escritura* hace excepción la vida V la que dice «Los poemas de Homero cantados antes en verdad separadamente, fueran recojidos por Pisistrato.»

Pausanias que floreció en el 2º siglo antes de Cristo dice «Pisistrato cuando recogió los cantos de Homero esparcidos y repetidos de memoria» (7. 2 6. 6) Habla Pausanias de una interpolación, y no sabe si debe atribuirla á Pisistrato ó á algún otro de sus compañeros.

La leyenda se ha pues desarrollado y se han hallado compañeros á Pisistrato. El nombre de éstos compañeros encontróse en un escolio á Plauto publicado por Ritschel sacado del comento de Aristofanes de un tal Caecio esto es Tzetzes. Serían los tales compañeros Concilo Onornacrito de Atenas, Zopiro de Heraclea y Orfeo de Crotón.

Respecto á estos poetas Suidas,

citando á Asclepiades Mirleno, dice que Orfeo de Crótón fué compañero de Pisistrato: un escolio al verso 604, del libro de la Odisea dice que tal verso fué introducido por Onomácritos El verso dice: «hijo de Júpiter el grande, y de Juno de chinelas de oro» y se lee también en la Teogonia de Hesiodo (452) El nombre de Concilo no se encuentra en ninguna parte. El mismo escolio Plautino en el texto griego de Tzetzes en vez de Concilo tiene *epi-concilo* y debe de ser palabra forjada de épico: ciclo.

De conjeturas hechas sobre este escolio, como del testimonio de Ate-neo Gelio, Tertuliano y de Plutarco se sacaria además que Pisistrato fundó en Atenas una biblioteca: Adviertase esta noticia. Con todos estos pasajes de Ciceron, etc., se quiere demostrar que los poemas de Homero cantados separadamente, fueron recogidos por Pisistrato, y con la ayuda de algunos poetas ordenados. Según otros Pisistrato habia reunido no solo los poemas de Homero, sino tambien todos los del Ciclo y aún mas los de Hesiodo.

Estamos lejos mil millas de lo que Wolf pretende.

Los poemas aunque cantados separadamente, según estos mismos testimonios ya estaban escritos y Pisistrato solo reunió sus partes y las dispuso en el orden que tienen lugar el cual no será arbitrario pero si conforme al orden dado á ellos por Homero.

El testimonio más antiguo es el de Ciceron No se conocia otra hasta Wilamovitz que logró demostrar que el Dienquedas de quien trata Diogenes Laercio vivia 400 años antes de Jesu Cristo.

Las palabras de Diogenes en la vida de Solon son estas; *ex, hupoboes*.

«Las poesias de Homero órdeno Solon que se cantaran esto es, que donde el primero acababa de allí empezara el que seguia.»

Luego Solon más bien que Pisistrato

ilustró á Homero según dice Dienquidas en el V de sus *Megaricos*: *sobretò estos sus versos á los viejos etc.*

Estas últimas palabras no se comprende bien mas con la ayuda de Estrabon y de otros se adivina que Dienquidas reprochaba á Solon las interpolaciones.

Para demostrar que desde antiguo los atenienses tenían derechos sobre Salamina, Solon habia introducido en el catálogo de las naves despues del verso. *Aias condujó de Salaminu 12 naves*, este otro «y las dispuso en donde estaban las falanges de los atenienses.»

Los de Megara dice Estrabon gritaron contra tal interpolación, pues como es sabido ellos también pretendian tener derecho sobre Salamina; y á su turno pusieron otro verso en el lugar del de Solón. De modo que se leía. «Aias condujo naves de Salamina, y de Poliene y de la argirusa Nesea y Eripodo», siendo estos lugares aldeas del territorio de Megara. Dienquides pues parece que habló de esta interpolación y que la atribuyo no á Pisistrato sinó á Solon. Sea como quiera no se como se ve en estas quejas de Dienquidas una alusión á la leyenda de la recención de Pesistrato.

Diógenes dice el de suyo: *que Solon y no Pisistrato ilustrò á Homero*, y rechaza pues la leyenda de Pisistrato. Diógenes vivió en el primer siglo de nuestra era.

Tenemos, pues, un testimonio fidedigno que Dienquidas atribuye á Solón, lo que respecto á Homero otros escribían á Pisistrato. Mientras tanto como se trata de una leyenda, no debe extrañarse que se fuera desarrollando.

Hallase esta leyenda detallada en un escolio del célebre codice de Venecia A. publicado por Willoison; con alguna diferencia de pormenores se encuentra en Tzetzes, en otros dos escolios del mismo código, y en Eustacio. Es un ejemplo insigne del como bastaba una palabra, una indicación cualquiera,

para que los griegos narren una historia, sin cuidarse de cronología.

Empieza el escolio que tengo citado por dar la etimología de la palabra rapsodia, y dice que alguien la hacia derivar de *rabdodia*: esto es, de *rabdo*, que significa bastón y *ode* canto, y que pues, vendría á ser el canto que se hace con el bastón en la mano, por tener los rapsodos homéricos la costumbre de llevar una rama de laurel en mano cantando, siendo el laurel sagrado á Apolo, y siendo la de Homero poesia *apolínea*. La diferencia entre poesia apolínea y dionisiaca, en la que tanto insiste Nietzche, se funda en esta costumbre.

Difícil sería definir lo que era para los griegos poesia *apolínea*.

Según Nietzche, Apolo es símbolo ó personificación del orden, de la compostura; esto es de lo bello: al paso que Dionisio expresa la poesia del desorden del afecto, el olvido de la personalidad, el entusiasmo alcohólico.

Sigue el escoliasta proponiendo otra etimología, de *ro* y *rapteron*, juntar, coser; por lo que los rapsodos, tomando las tablillas en que estaban escritas las poesías de Homero, y tomando un verso de una, otro de otra, y juntándolos hacían nuevos cantos en ocasión, ya de bodas, ya de funerales.

Finalmente pasa á narrar que los poemas de Homero se habían perdido, ya por causa de algún incendio, ya por consecuencias de terremotos é inundaciones. En los libros esparcidos aquí y allá, dice que habrían quedado sólo doscientos versos en uno, cien en otro, y aún menos en otros. Un tal Pisistrato,—prosigue—tirano de Atenas, quiso hacer inmortal su nombre: hizo pues pregonar un bando en toda Grecia, convidando con dinero á los detentores de algún verso de Homero á traárselo: acudieron ellos de todas partes; á cada uno Pisistrato pagaba el precio establecido, un tanto por cada verso. Como los hubo en su poder, convocó á 72 gramáticos, á cada uno de los cuales separadamente dió

los versos á examinar, para que indicara la disposición que más le parecía conveniente; después reunió una asamblea, en que cada gramático expuso su ordenamiento, siendo finalmente por unanimidad de votos proclamados como mejores los de Zenodoto y Aristarco, y al cabo aceptada esta última.

Esta es la leyenda. Aristarco vivió tres siglos después de Pisistrato, y ya se echa de ver la seriedad de tales relatos. Surgió tarde y vino á mezclarse en ella la leyenda de los setenta traductores de la biblia y la memoria de los trabajos de Aristarco sobre el texto de Homero. Vamos, pues, á ver si algo verdadero hay en todo esto. Por lo que se ha dicho y se deduce del testimonio de Gelio, Tertuliano, Plutarco, el origen de la leyenda debe de hallarse en una forma incierta de una tentativa que se atribuía á Pisistrato, de fundar una biblioteca. La busca de los libros de Homero, de los poetas cíclicos, de Hesiodo, se cambió en la reunión de las partes esparcidas de cada poeta y juntándose con la tradición de los rapsodas, de cuyo oficio se había perdido el significado. No importa averiguar si Pisistrato, tuvo realmente la intención de fundar una biblioteca; hasta que haya habido alguien que lo afirmara, y no hay nada en Grecia, que no se afirmase: de ahí la fama de mentirosa sancionada por Horacio: *Fabulosa Graecia*.

No será posible indicar con precisión de detalles el origen y cundir de la leyenda; pero sí demostrar que es tal. Las palabras de Diógenes, si bien el pasaje debe de haber padecido alteración hacia el final, pues las últimas palabras no presentan sentido satisfactorio, son claras en principio, y dicen que Solón y no Pisistrato fué el que ilustró á Homero y que prescribió que los rapsodas cantasen «*ex hupobolès*» palabra que ha dado lugar á controversias. Plutarco (*praecep. gen. reip.* 4.313) la explica y dice que es la expresión técnica para in-

dicar en los teatros la recitación con el apuntador. Y Grote con razón concluye que Solón obligó á los rapsodas á cantar seguidos los poemas y á tener un apuntador; lo que prueba que se tenían textos escritos de Homero.

Al testimonio de Laercio respecto de Solón hay que agregar el del orador Licurgo: «Quiero recordar también á Homero con alabanza. Tan grande le consideraban nuestros padres á aquel poeta que declararon que cada cinco años en las fiestas Panatenaicas solo se cantasen por los rapsodas sus versos». La ley es, sin duda, la de Solón.

Otro pasaje de Isócrtes demuestra que también cantábanse los versos de Homero en otras fiestas.

Es verdad que en este punto entra Platón para confundirlo todo. El Hiparco es un diálogo de muy dudosa autenticidad. Pero esto de negar la autenticidad es un recurso que á mi en general no me satisface. Con rechazar los documentos se arregla la historia según se quiere. Los alemanes llevan el *sistema* en todas partes; y lo que tratan de conseguir hoy en día no es mas que la sistematización, esto es el ajuste de la historia á sus ideas y deseos. Es el metodo apriorístico aplicado á la historia. Cuando tendremos la historia cual solo pueden aceptarla los Alemanes, quedará aún lo mas difícil, esto es saber si tal historia sea la verdadera.

Estas son las palabras de Platón: «A mi conciudadano y tuyo, al hijo de Pisistrato, el de la tribu de Fileda, á Hisparco obedeciendo, al que de los hijos de Pisistrato, era el mas anciano y el mas sabio, y entre muchas otras obras en que demostró su sabiduría, también primero introdujo en este país la poesía de Homero, y decretó que los rapsodas en las Panatenaicas, «*ex hupolépheos*» seguidamente la expusiesen, como hacen todavía en el día»

Tampoco hay conformidad en la in-

interpretación de «*ex hupolépseos*» que á Grote parece equivalente á «*ex hópobnles*», según el apuntador. Eliano: del que se ha citado arriba el pasaje relativo á Licurgo y á Pisistrato, repite las palabras de Platón, sin cuidar de hacerlas concordar con las anteriores. Este sería el documento terminante á no ser dudosa la autenticidad del diálogo. La ley que Diógenes Laercio adscribe á Solón, pertenece á Hiparco; de cualquier modo Pisistrato siempre queda eliminado.

Grote que no puede tragar lo de Pisistrato, hace observar que tal empresa habría dejado memoria; que no se habría callado Herodoto; y además que no es conforme al carácter de Pisistrato, cual se evidencia en su actuación en la historia. Hace además una observación preciosa, y es que nosotros atribuimos á Pisistrato una importancia inmensamente mayor que la que podía tener. Atenas en aquel entonces era ciudad secundaria, no superior á Megara ó á cualquiera otra ciudad; su supremacía empieza después de las guerras médicas.

La edición de Homero sería de carácter panhelenico, pues Homero era para los Griegos lo que la Biblia para nosotros; y todas las ciudades vigilaban para que el texto no se alterara. Ni un solo verso pudo introducir Pisistrato sin que hubiese quien protestara. Se han vistos las protestas levantadas por los Megarenses contra Solón por un verso introducido en el catálogo de las naves, y no menores protestas despertó Pisistrato intercalando otro verso inócua en la Odisea.

Más sobre todo, aún cuando los documentos fueran abundantes y decisivos, bastaría á ponerlo todo en tela de juicio el silencio de Aristarco y de los Alejandrinos. ¿Como es posible, á ser verdad lo de Pisistrato, que Ciceron fuera el primero en saberlo? Bien, pues, podemos calificar de leyenda la recensión de Pisistrato. Ya se ha dicho de la escritura lo bastante: aho-

ra su falta supuesta es la sola causa de todas estas ficciones.

Todo lo que se podría aceptar sería que á Pisistrato se debiese la introducción de Homero en Atenas, ó á Solón. Tal vez siendo los estudios Homericos cultivados en Asia y los poemas propiedad de los Homeridas de Quios ó de los Creofilidas, pudo ó á Solon ó á Pisistrato ó á Hiparco, ocurrirsele recogerlos de los labios de los rapsodas, para dotar á su ciudad de un texto, lo que no debería extrañar, pero también esta sería suposición atrevida: antes de todo ya se cantaba á Homero en Atenas antes de Solón, y después antes que en Atenas era cantado en el Atica, en Brauron una de las doce antiguas ciudades, fundadas por Cecrops y que se reunieron para formar el estado Ateniense.

En Esparta ya hacían tres siglos que Licurgo había traído escritos los dos poemas. Antes de él, dice Plutarco Homero era popular en todo el Asia Menor, pero en la Grecia continental no se conocía más que el nombre; y no habían llegado allá sino pocos versos. En llegando Licurgo á Asia lo primero que hizo fué copiar los poemas de Homero para llevarlos á Esparta. Los Creofilidas que los guardaban se los habían cantado.

Probablemente Homeridas y Creofilidas custodiaban para sí el texto, contentos con ir cantandolo por las ciudades y estas tuvieron que procuraselo escribiendo lo que oían de los rapsodas: de ahí todas estas leyendas de colecciones y recensiones.

Sin textos no se explica la posibilidad de tan frecuentes imitaciones como se encuentran en los liricos. Tirteo, anterior á Pisistrato de siglo y medio está lleno de expresiones homéricas, digase de todos los demás poetas. Jenofenes, contemporaneo de Pitagoras y anterior á Pisistrato se queja de que toda la juventud se eduque en la lectura de Homero.

Finalmente, á ninguno en Grecia se

le antojó dudar de la antigüedad de la escritura y de que los poemas homéricos no estuviesen escritos desde un principio. Wolf piensa de otro modo y ¿que importa?. Afirmar no es probar y dado que no se pueda demostrar la existencia de la escritura en Grecia (lo cual es falso) en tiempos tan antiguos bastaría á todo hombre cuerdo la existencia de los poemas de Homero. El razonamiento de Wolf ya lo he dicho; «Sin escritura no es posible admitir ni la composición ni la conservación de los dos poemas», luego, ya que se han compuesto y observado hay que admitir la escritura.

Se hace tanto caso de la afirmación de un Judío y ¿nada valdría la tradición conforme de toda la Grecia? Es ridículo esto de imaginar á Homero como rodeado de un atmósfera obscura. Homero vivía en Smirna, emporio floreciente de comercio, cuyas naves corrían todo el Mediterráneo. Allí tenemos á los Fenicios, entre los cuales la escritura era tan antigua; poco más allá los Hititas, de antigua civilización, y más allá Babilonia y Nínive, donde se usaba la escritura desde unos dos mil años antes de Homero. ¿Y qué sabemos nosotros del estado del Mediterráneo al llegar los Griegos? Todo induce á suponer que floreciera en él una adelantada civilización que los Griegos se apropiaron. ¿Qué de puntos oscuros hay que aclarar antes de emitir fallos tan decisivos! Por lo demás, si hay obscuridades en la historia, no se debe por ello rechazar. ¿No hay obscuridad en Física? ¿quién sabe lo que es la electricidad? ¡Pues neguémosla! Así hace el racionalismo, cuyo principio es que sólo es posible lo que se puede creer. «¡Ah! dice Shakespeare: muchos más misterios encierra el mundo que los que alcanza á sospechar nuestra mezuquina filosofía.» Y Dante:

Or tu chi sé, che vuoi sedere á scranna,
per giudicar da lungi mille miglia,
con la veduta corta d'una spanna?

Quien con ánimo libre de toda preo-

cupación se aplica á estudiar la historia del pueblo griego lo que primero advierte es una interrupción en principio, una laguna, un vacío, que se echa de ver á pesar de las ficciones con que los griegos han tratado de llenarlo.

De un lado Homero con su mundo: civilización muy adelantada con costumbres distintas de las nuestras pero no bárbaras, sentimientos nobles y naturales, magnificencia, lujo, arte y la más divina poesía. Las ruinas de Micenas y Tirinto pasman al qué las visita: la regia de Alcinoos parece un palacio de hadas, y Troya con sus calles derechas, su templo resplandeciente en la acrópolis, es una ciudad magnífica, cual por otra parte hacen suponer sus ruinas. No se trata pues, de comienzos sino de fin. no de una aurora más de un ocaso.

Tódo esto de un lado: de otro lado, es decir después de unos siglos de obscuridad, todo en Grecia empieza otra vez, vuelve á renacer.

La primera edad histórica, la de los líricos hace la impresión de una primavera; aquel ejército de poetas parece un vuelo de pajaros canoros y por lo mismo. *Primaveras Helénicas* titula Carducci sus odas en que trata de recoger el eco de aquellos cantos. Homero pues es el otoño cargado de toda la semilla del año que concluye, a él sigue un invierno y después el despertar de la vida. el principio de una edad nueva.

Homero es el promontorio en que acaba un continente que queda bajo el horizonte: al paso que la edad de los líricos es el surgir del agua, de otro continente; en medio hay un trecho de mar. Lo que haya sucedido en aquel intervalo es lo que la historia no sabe aún.

Es concepto de grande importancia el que nada se ha pasado de la edad Homérica á la edad histórica de Grecia sino es Homero mismo. Es falso, ficción de sistemáticos que todo un enjambre de leyendas haya la Grecia

heredado de la edad Homérica; ella no tiene otras leyendas en principio que las que están en Homero, á lo menos en gérmen.

Algo más tarde entra en Grecia una nueva corriente: la del Orfeísmo, y trae un sin número de leyendas, de mitos, de creencias. Homero no conoce á Orfeo; ni Orfeo viene de Tracia sino del Oriente. Los griegos, empero, después de humanizado este ente que al principio no significó sino *el rey de las tinieblas*, de los lugares oscuros, le encontraron colocación en la edad, aste-homérica: y lo mismo hicieron con otros personajes recién llegados. De ahí el error que lleguen á Grecia desde la antigüedad, por conducto de leyendas, distintas de las homéricas.

La lírica griega está toda ella empapada de Homero, y una prueba la tenemos inexpugnable de que Homero llegó á la edad histórica en la forma en que le tenemos hoy en día: alteraciones se habían introducido en los poemas, pero sólo en la edad histórica, cuando hubo interés en hacerlos y el genio de Aristarco logró depurarla; y volverlas al estado primitivo.

Ya tengo mentados los poemas cíclicos; son bastante numerosos. Posteriormente, en la edad Alejandrina, á cada uno fuéle encontrado un autor. Si los nombres de estos autores han sido forjados ó sacados de alguna tradición, yo no lo sé: muchos tienen apariencia de fingidos, como el de *Arctino*, que deriva de *autor, osa, el norte*, dado al autor de un poema en que tal vez se hacía mención de la *osa*, describiendo algún viaje; *Eugamón*, que significa *el de las bodas alegres*, es el supuesto nombre del autor de la *telegonía*, el último poema del cielo, por haber terminado el poema en una racha de felices casamientos, en que hasta la decrepita Penelope se casa con Telégono, hijo de Ulises y Circe; el nombre de *Lesques*, al que se adscribe la pequeña Iliada, recuerda los lescas, ó pórticos en que se reunian

los ancianos para confabular. Pocos son los nombres que no parezcan fingidos.

Pero aún cuando tuvieran apariencia de nombres propios, siempre sería supuesto que sean autores de los poemas cíclicos; y la prueba es que todos estos poemas en un principio y aún en tiempos de Platon, estaban sin nombre de autores, de modo que no faltaba quien los consideraba obra de Homero. Si no son fingidos los nombres de Creofilo, *el bardo del puchero*, ni el de Argías ó de Hegesino, siempre es ficción que se le deba algún poema del cielo.

Debemos, pues suponer que aquellos poemas se hayan compuesto en aquellos siglos de obscuridad, hacia principio de la edad nueva, es decir en el siglo que precede á Arquíloco; y como los poemas cíclicos en aquel tiempo se compusieron los himnos homéricos que servian de preludeo á los rapsodas. Que los poemas sean obra de escuelas homéricas no hay duda. No se han conservado de ellos mas que fragmentos y un resúmen sacado de la *Crestomatía* de Proclo, pero bastan para juzgarlos.

Lengua y estilo son imitados de Homero, del que sin embargo quedan á distancia infinita. Ahora, si examinamos estos poemas se verá que obedecen al intento de reducir la leyenda Troyana á orden cronológico; al paso que Homero la ofrece toda como en un cuadro, pero de un modo artístico. Homero como bien dice Horacio, nos arrastra *en medias res*: toma la guerra en el décimo año, lo que se precisa para el entendimiento del poema. lo intercala con habilidad acá y allá, poniéndolo á veces en labios ya de uno, ya de otro héroe. No son mas que indicaciones cortas pero suficientes. Pues los poetas cíclicos no hicieron mas que atenerse á estas indicaciones, dilatarlas y amplificarlas, como demostraremos.

El primer poema, la Titanomaquia ó teogonía, atribuida ya á Eumelo. ya

á Arctino trata de la primera causa de la guerra. En la prótasis de Homero, se encuentran las palabras: *se cumplia el designio de Jupiter*: la Titanomaquia se propone dar á conocer este designio. La tierra sobrecargada de hombres, quejose con Jupiter y este para aliviarla resuelve hacer surgir guerras.

Los Chiprios, el segundo poema, expone sobre datos que se hallan en los poemas, el rapto de Helena y los primeros años de la guerra, dejando la acción en el punto que empieza la Iliada. Estamos; pues, seguros de que la prótasis era cual ahora la tenemos y que la Iliada empezaba por la contienda de Aquiles y Agamenon.

Nada de lo que Homero ha tratado extensamente ha pasado en los poemas cíclicos: punto de importancia no escaso y sobre el cual volveremos. La pequeña Iliada y la destrucción de Troya, de los supuestos Lesques y Arctino, toman la acción en el punto en que Homero la deja: La muerte de Héctor. Los *nostoi ó retornos* de Agias, narran el regreso de los Héroes á su patria, amplificando datos de la Odisea, omitiendo la vuelta de Ulyses.

NOTA—Adviertase que á causa de haber sido rechazados muchos versos por los críticos Alejandrinos falta alguna que otra referencia.

(Continuad).

Testamentum Porcelli

Incipit testamentum porcelli.

M. Grunnius Corocotta porcellus testamentum fecit, quoniam manu mea scribere non potui, scribendum dictavi, Magirus cocus dixit: « Veni huc, eversor domi, solivertiator, fugitive porcelle, et hodie tibi dirimo vitam ».

Corocotta porcellus dixit: « Si qua feci, si qua peccavi, si qua vascella pedibus meis confregi, rogo, domine coce, vitam peto, concede roganti ». Magirus cocus dixit: « Transi, puer, offer mihi de cocina cultrum ut hunc porcellum faciam cruentum » Porcellus comprehenditur a famulis, ductus sub die XVI kal. lucerninas, ubi abundant cymæ, Clibanato et Piperato consulibus. Et ut vidit se moriturum esse, horae spatium petiit et cocum rogavit ut testamentum facere posset. Clamavit ad se suos parentes, ut de cibariis suis aliquid dimitteret eis. Qui ait:

« Patri meo Verrino Lardio do lego dari glandis modios XXX, et matri meæ Veturinæ Scrofæ do lego dari Laconicæ siliginis modios XL, et sorori meæ Quirinæ, in cuius votum interesse non potui, do lego dari hordei modios XXX. Et de meis visceribus dabo donabo sutoribus sætas, rixoribus capitinas, surdis auriculas, causicis et verbosis linguam, bubulariis intestina, isiciariis femora, pueris vesicam, cinædis musculos, cursoribus et venatoribus talos, latronibus unguas. Et nec nominando coco legato dimitto cætera. de Tebeste usque ad Tergeste liget sibi collum de reste. Et volo mihi monumentum aureis litteris scriptum: « M. Grunnius Corocotta porcellus vixit annis DCCCC. XC. VIII. S. quod si semissem vixisset, mille annos implesset ». Optimi amatores mei vel consules vitæ, rogo vos ut cum corpore meo benefaciatis, bene condatis de bonis condimentis nuclei, piperis et mellis, ut nomen meum in sempiternum nominetur. Mei domini vel consobrini mei, qui in medio testamento interfuisti, iubete sig. iari. »

Lardio signavit. Ofellicus signavit. Cyminatius signavit. Lucanicus signavit. Tergillus signavit. Celsinus signavit. Nuptialicus signavit. Explicit testamentum porcelli sub die XVI kal. lucerninas Clibanato et Piperato consulibus feliciter.